

LA CONDUCTA LINGÜÍSTICA EN LA INTERACCIÓN VERBAL

Luisa Granato

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad Nacional de La Plata | Argentina
lgranato@isis.unlp.edu.ar

Resumen

En este trabajo presentaremos los resultados de un estudio acerca de los factores que inciden en el momento en que los hablantes seleccionan las estrategias que les permitirán contribuir a la interacción. Frecuentemente se ha hecho referencia a aspectos contextuales como responsables de estas selecciones, pero ciertas características socioculturales del entorno que han sido extensamente descritas en la bibliografía sobre el tema parecen haber sido ignoradas por algunos analistas. La exposición se centrará especialmente en la noción de “comunidad de práctica” desarrollada por diversos investigadores y se presentarán algunas reflexiones acerca de este concepto y su aplicación al análisis de interacciones verbales. Ejemplos tomados del corpus del proyecto en desarrollo darán sustento empírico al estudio realizado.

En este panel vamos a mostrar algunos resultados de los trabajos que se están llevando a cabo dentro del GRUPO ECLAR, (El español de Chile y Argentina). Este grupo, integrado por docentes-investigadores de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata y de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile, está en este momento desarrollando un proyecto sobre la lengua oral de los estudiantes universitarios de ambos países. Las ponencias que se presentan hoy tratan diferentes aspectos relacionados con los recursos que los hablantes utilizan cuando participan en encuentros verbales con sus pares.

La pregunta que nos planteamos para comenzar con las exposiciones es la siguiente. ¿Todas las estrategias y formas lingüísticas se presentan como opciones posibles en el momento de realizar una emisión? es decir: cuando el hablante se involucra en una interacción ¿es un individuo libre para decidir qué dice y cómo lo dice o, por el contrario, obedece a presiones de algún tipo que le restan libertad de acción en este sentido?

Para responder esta pregunta nos remitiremos, en primer lugar, a consideraciones acerca de la comunicación que marcan un punto de partida necesario para cualquier análisis de este aspecto. Linell (1998) señala muy claramente la diferencia entre las posturas *monologista* y *dialogista* que han tenido vigencia en diferentes momentos en los estudios de la interacción. El *monologismo* avala la concepción de un hablante autónomo que actúa cada vez que toma el turno en una conversación. Así, los roles de hablante y receptor se separan en participante activo y menos activo respectivamente y el hablante es la autoridad que decide acerca de lo que se significa en el discurso. Todo se centra en sus intenciones; se atribuye a sus intenciones.

Por otro lado, el *dialogismo* considera que la emisión es una construcción social, es decir, una coconstrucción en la cual participan dos o más protagonistas de un evento

comunicativo verbal. El dialogismo sostiene que las acciones comunicativas, “son doblemente contextualizadas, generadas socialmente y están inmersas en una cultura” (Linell, 1998: 91). La interacción social es el espacio propio del lenguaje y, como tal, es central en la consideración del significado.

El monologismo ha sustentado teorías filosóficas como la de los Actos de Habla, que han atribuido un protagonismo muy marcado al rol del hablante en situaciones posibles. Al mismo tiempo se observa una valoración especial de las expresiones lingüísticas, consideradas responsables primeras de significado transmitido. En este caso se privilegia la forma a expensas del significado. La consideración de que son las intenciones del hablante lo que genera los procesos de planeamiento y representación de la información, no parecería explicar, sin embargo, el verdadero origen de esas intenciones, siendo que no es posible negar que se relacionan íntimamente con el contexto y, por lo tanto, con el interlocutor, tal como lo sostiene el dialogismo. Así el dialogismo no sólo considera los procesos cognitivos individuales, sino que ambos, cognición e interacción se influyen mutuamente. Linell (1998) señala que el monologismo pone el énfasis en cómo los hablantes producen las emisiones y no en cómo producen significado. Cuando se pasa del estudio del discurso escrito al discurso oral se accede al ámbito de los proyectos comunicativos, de los significados y las interpretaciones, del significado social de la palabra hablada, donde la postura monologista resulta insuficiente, ya que sólo puede dar cuenta del significado de las expresiones lingüísticas o las unidades de la conducta interaccional, pero no de la totalidad del significado situado de una conversación.

Las intenciones que se atribuyen al hablante no se originan fuera del contexto e independientemente de sus interlocutores; son más bien un producto que se va generando en el contexto, como un proceso en el cual los otros participantes desempeñan un rol activo. Esto presupone una idea determinada de contexto. Las teorizaciones y los trabajos empíricos más recientes sostienen que el contexto se origina en la interacción y no que la interacción se desarrolla en un contexto determinado. En este sentido, Auer (1992 en Orletti, 2000) adopta una postura menos radical al plantear que la respuesta no está en adoptar una postura extrema, sino en entender que parte del contexto se trae a la interacción y parte se construye en la interacción. Es decir, que algunos elementos son anteriores y actúan a la manera de telón de fondo, permanecen estables durante el desarrollo de una interacción y sólo se los enfatiza en determinados momentos, mientras que otros surgen en la interacción como el conocimiento, la estructura secuencial, el establecimiento de un tema, la forma utilizada por los interactuantes para desarrollarlo (Auer, 1992 en Orletti, 2000). Y, en última instancia, son los hablantes quienes, mediante un trabajo de contextualización, hacen que ciertos aspectos sean relevantes. Esto deja en claro, entonces, que el hablante en tanto partícipe de un encuentro verbal, no produce significado en forma autónoma.

Varios autores (Linell, 1998; Mills, 2003; Arundale, 1999; Grant, 2003) se refieren asimismo a contribuciones dentro de la interacción que parecen provenir más de aquello que está predeterminado por fuerzas sociales de diferentes jerarquías, que de decisiones autónomas de los interactuantes. En relación con este tema, hay opiniones encontradas, más que por no reconocer la existencia de presiones sociales y decisiones individuales, por atribuir diferentes grados de influencia a una u otra en el momento de explicar el por qué de la selección de formas lingüísticas y estrategias discursivas determinadas.

Una manera de dirigir la mirada a estas fuerzas sociales es centrando la atención en la noción de cultura.

Spencer-Oatey (2000) adopta un modelo de cultura en el cual clasifica las diferentes categorías que la conforman y que van desde lo más central a lo más periférico. Esta autora señala que los elementos centrales están dados por los valores y los supuestos básicos; luego siguen las creencias, actitudes y convenciones; en tercer lugar sitúa los sistemas y las instituciones para finalmente ubicar los artefactos y productos. Los individuos que acceden a la interacción actúan, en mayor o menor grado, bajo la influencia de todos los niveles mencionados. Somos todos miembros de dominios institucionales que pueden resultar más o menos relevantes en los diferentes encuentros verbales en que nos involucramos y en cada momento de dichos encuentros. Frecuentemente se piensa que “ ‘cultura’ significa una lista de prescripciones de lo que debe y lo que no debe hacerse en una sociedad dada, prescripciones que existen y que pueden identificarse en forma descontextualizada” (Auer y Kern, 2000: 90) Según esta postura, los participantes en una conversación esperan que la conducta de los miembros de la propia cultura se asemeje a la propia, por lo que resulta dificultoso adaptarse a formas diferentes; esto hace que habitualmente exista una consideración por ciertos principios preestablecidos. Si bien son acertadas las críticas hechas a esta idea de que la cultura es algo externo a la acción y a la interacción, creo que es innegable la presión que ciertas pautas culturales ejercen sobre la conducta de los interactuantes y sobre las inferencias y claves de contextualización que se toman como base y que se espera se utilicen en la conversación. Esto deriva del conocimiento socio-cultural compartido y de los géneros comunicativos que se producen en una comunidad que, aunque nunca son idénticos entre los participantes, la interacción social en general y la comunicación en particular requieren de cierto mundo en común entre los hablantes (Di Luzio, Günthner y Orletti, 2000). Hinnenkamp (2000) ofrece como contrapartida a la importancia que se ha atribuido a la existencia necesaria del conocimiento compartido o praxis cultural, la noción de “praxis discursiva institucionalizada”, que alude a rutinas convencionalizadas.

En este sentido, nos parece pertinente referirnos a la noción de “comunidad de práctica”, noción que se estudia desde una perspectiva etnográfica y que ha sido aplicada especialmente a los estudios de género y de la identidad. Eckert y McConnell-Ginet. (1992) definen a la comunidad de práctica como un grupo orientado hacia la misma práctica, aunque no necesariamente de la misma manera, e incluyen las diferencias y el conflicto; no atienden necesariamente a la uniformidad y al consenso. Así, no hay separación entre miembros centrales y marginales. La comunidad de práctica se puede construir alrededor de cualquier práctica social o lingüística, y siempre integra estructuras con agendas individuales. Dado que las identidades encuentran sus raíces en las acciones más que en las categorías, el modelo de la comunidad de práctica puede capturar distintas identidades en situaciones de habla específicas. (Bucholtz, 1999: 210). Este autor distingue entre prácticas de identidad negativa, que son aquellas que se emplean para tomar distancia de una identidad no deseada, y prácticas de identidad positiva, que llevan al individuo a construir la identidad deseada o elegida. Las primeras definen lo que el hablante *no* es, y consideran a la identidad como un fenómeno intergrupales; las segundas, describen lo que el hablante *es* y focalizan en los aspectos intragrupales de la identidad social (Bucholtz, 1999: 211).

Este marco se utiliza para analizar prácticas lingüísticas e identidades sociales de grupos de diferente tamaño y para detectar, por ejemplo, de qué manera se negocian género e identidad a través de la práctica. Se ha comprobado que su aplicación supera ampliamente a aquellos enfoques que partían de la idea de comunidad de habla, útil para los estudios tradicionales de variables sociolingüísticas pero no para los estudios del micronivel del discurso, que buscan conexiones entre teorías sociales y características

lingüísticas. Esto ha permitido conciliar los análisis en los niveles macro y micro y comprobar la forma en que las identidades se relacionan con otros parámetros sociales. La idea de comunidad de práctica surge de la Teoría de la Práctica y ofrece explicaciones que no eran posibles con modelos anteriores; proporciona herramientas analíticas con un gran potencial, aplicables a los estudios sociolingüísticos ya que permite utilizar información de ambas áreas y comprender la proyección de identidades en el discurso.

Por otra parte, en lo que se refiere a los recursos utilizados por los hablantes, se puede distinguir entre aquellos que son *intencionales* o *estratégicos* y los *no-intencionales* o *no-estratégicos*. El primer tipo, es utilizado conscientemente por el hablante, mientras que el segundo, es una conducta no buscada. En este sentido, es necesario tener en cuenta cuáles son las razones por las cuales un hablante utiliza o ignora opciones que se presentan como posibles. En otros enfoques, el énfasis se pone en la iniciativa del hablante más que en el orden social. Existen también modelos que presentan un mayor equilibrio entre los extremos señalados. Cualquiera sea la postura que se adopte, no debe perderse de vista la doble influencia de estructuras sociales y de las decisiones individuales.

El estudio que parte desde la perspectiva de la comunidad de práctica da lugar al análisis de los significados culturales y la intencionalidad del individuo y permite al investigador considerar las acciones de los individuos y las estructuras que se producen a través de estas acciones.

Bucholtz (1999) critica la comunidad de habla como inadecuada para realizar estudios sobre el lenguaje, y uno de sus mayores cuestionamientos apunta a la consideración del lenguaje como un elemento central, como el criterio para señalar la existencia de una comunidad. Esto nos remite a los conocidos trabajos de Labov de los años 70, en los cuales la interacción se entiende como un concepto lingüístico y se ignoran otros aspectos de la actividad social.

Considero que es necesario que el lingüista conciba al lenguaje sólo como uno de los elementos que deben tenerse en cuenta cuando se aborda el estudio de las características propias de una comunidad de práctica determinada. La práctica es el contexto que motiva la interacción lingüística y, por lo tanto, ocupa un lugar central. La comunidad de práctica incorpora el lenguaje al análisis, pero como un componente más de los estudios sociales.

Otra de las ventajas de tomar la comunidad de práctica como punto de partida para el análisis, es que da lugar a estudios que consideran no solamente grupos sociales más representativos, sino grupos periféricos o minoritarios, y focalizan –a pesar de considerar las diferencias– en aquello que los hablantes comparten. Al mismo tiempo, evita jerarquizaciones entre grupos que parten de la cantidad de individuos que los integran. En estudios anteriores, se tendió a la generalización que, en la mayoría de los casos, tuvo en cuenta grupos que compartían determinadas características. Pero un investigador debe concentrarse no sólo en las similitudes sino también en las diferencias.

Los estudios desde esta perspectiva no apuntan a lograr resultados homogeneizantes, como se lo hace en otros enfoques. Aquí se da lugar a las variaciones individuales. No se trata de una perspectiva estática, en la cual el orden social se considera inalterable. Los estudios que se llevan a cabo son estudios etnográficos, de las ocurrencias locales: se ve qué hacen los individuos en el paso a paso de la interacción, se concentran en el participante, se tienen en cuenta las perspectivas del hablante, es decir que el análisis realiza interpretaciones locales y las considera clave en el momento de determinar las conclusiones finales.

Si bien el concepto de comunidad de práctica no puede dar respuestas a todos los interrogantes que se plantean al abordar el tema de los subgrupos que se forman dentro de una sociedad más amplia, ofrece herramientas muy útiles para la identificación y explicación de las limitaciones en la conducta lingüística de los interactuantes. Eckert y McConnell-Ginet (1992) señalan que las comunidades de práctica son grupos de individuos que unen sus esfuerzos alrededor de un compromiso mutuo y que las prácticas de esos grupos surgen de ese esfuerzo compartido. Así la comunidad como constructo social se define por sus miembros y por las prácticas en que estos se involucran.

Para determinar la existencia de una comunidad de práctica es necesario atender a las actividades que los individuos realizan. Y dentro de esas actividades, está el lenguaje. Se observa así una relación entre la manera en que se gana pertenencia a una comunidad de práctica y el dominio de las formas discursivas que le son propias a dicha comunidad. Se trata de un proceso de aprendizaje que comienza con la incorporación de un individuo y se completa en la práctica.

Los estudiantes universitarios interactúan regularmente en diferentes momentos de su vida en relación con la institución –dentro de las clases, en el bar, en sus reuniones de estudio– y abordan temas que les interesan particularmente en tanto miembros de ese grupo. A medida que el tiempo transcurre desde su incorporación a la universidad, se familiarizan con las prácticas de la institución y van logrando el manejo de los discursos propios del entorno.

Se trata de una pertenencia a un grupo que tiene claros objetivos comunes, que son el de cursar sus estudios y luchar por que todo se desarrolle de la mejor manera posible.

Para el logro de estos fines, los integrantes del grupo se involucran en constantes negociaciones dentro de la comunidad universitaria con todos los actores que la componen y adoptan sus prácticas. Esta negociación concientiza a los participantes acerca de sus propios roles y de los de los demás.

Comparten también recursos para la negociación del significado, dentro de lo cual se incluye la forma de utilización del discurso y de las expresiones lingüísticas, más allá de las diferencias individuales existentes.

Esto parece coincidir con las tres dimensiones que Wenger (1999: 175-6) señala como indicadoras de la existencia de una comunidad de práctica, que son “compromiso mutuo”, “proyecto compartido” y “repertorio compartido”.

Como ya hemos señalado, los estudios desde la noción de comunidad de práctica dan importancia a la individualidad en la formación de la identidad social, sin ignorar los lazos comunitarios que unifican un grupo. Es decir que el hablante es, en estos estudios, un individuo y un actor social, miembro de una comunidad.

Pienso que es necesario ver qué orientaciones se adoptan para determinar la existencia de grupos; qué valor se adjudica a la individualidad, al grupo o a las prácticas sociales.

Creo que también la elección de estrategias depende de si hay un grupo al cual le surge la necesidad de oponerse a una postura determinada.

No es posible que los lingüistas externamente determinen los límites de la comunidad de práctica. Es necesario hacerlo a través de estudios etnográficos del significado social específico de la lengua en uso.

La comunidad de práctica da lugar al acercamiento de la investigación cualitativa y cuantitativa, ya que en ambos casos es necesario analizar datos que surgen de la práctica.

En los estudios de la interacción se pasó de la concepción del hablante autónomo, o sea la agencia personal, a la consideración de la construcción social de la comunicación.

En la primera postura, se considera que el individuo produce sus mensajes de acuerdo a sus intenciones y sus necesidades comunicativas. En la segunda, se concibe la creación del mensaje a partir de la coconstrucción, idea avalada por la postura dialogista, y en la cual el lenguaje es un elemento central para el análisis social. Es decir que el lenguaje es una práctica social, un fenómeno social, más que un sistema formal, abstracto, a disposición de los hablantes.

BIBLIOGRAFÍA

- ARUNDALE, R. (1999): "An alternative model and ideology of communication for an alternative to politeness theory". *Pragmatics*, 9 (1): 119-153.
- AUER, P. y F. KERN (2000): "Three Ways of Analysing Communication between East and West Germans as intercultural Communication". En A. DI LUZIO, S. GÜNTNER y F. ORLETTI *Culture in Communication. Analysis of Intercultural Situations*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- BUCHOLTZ, M. (1999): "Why be normal?: Language and identity practices in a community of nerd girls". En *Language and Society* 28: 203-223.
- DI LUZIO, A.; S. GÜNTNER y F. ORLETTI (2000): *Culture in Communication. Analysis of Intercultural Situations*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- ECKERT, P. y S. MCCONNELL-GINET (1999): "New generalizations and explanations in language and gender research". *Language in Society* 28: 185-201.
- GRANT, C. (ed.) (2003): *Rethinking Communicative Interaction*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- HAMILTON, H. E. (1991): "Accommodation and mental disability". En H. GILES; J. COUPLAND and N. COUPLAND *Contexts of Accommodation*. Cambridge and New York: Cambridge University.
- HINNENKAMP, V. (2000): "Constructing misunderstanding as a cultural event". En A. DI LUZIO; S. GÜNTNER y F. ORLETTI *Culture in Communication. Analysis of Intercultural Situations*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- HOLMES, J. y M. MEYERHOFF (1999): "The community of practice: theories and methodology in language and gender research". *Language in Society*. 28 (2): 173-185.
- LABOV, W. (1972a): *Sociolinguistic Patterns*. Philadelphia: University of Pennsylvania / Oxford: Blackwell.
- LINELL, P. (1998): *Approaching Dialogue. Talk, interaction and contexts in dialogical interpretation perspectives*. Philadelphia: John Benjamins.
- MILLS, S. (2003): *Gender and Politeness*. Cambridge: Cambridge University.
- ORLETTI, F. (2000): "The Conversational Construction of Social Identity in Native/Non-native Interaction". En A. DI LUZIO, S. GÜNTNER y F. ORLETTI *Culture in Communication. Analysis of Intercultural Situations*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- SACKS, H.; E. SCHEGLOFF y G. JEFFERSON (1978): "A simplest systematics for the organization of turn taking for conversation". En SCHENKIN (ed.) *Studies in the Organization of Conversational Interaction*, pp. 7-55. New York: Academic Press. [Primera publicación en *Language* 50: (1974)]
- SPENCER-OATEY, H. (2000): *Culturally Speaking. Managing Rapport through Talk across Cultures*. Londo/New York: Continuum.
- WENGER, E. (2001 [1998]): *Communities of Practice*. Cambridge: Cambridge University.